

PEDRO GARCÍA CUETO

LORCA, ESPEJO Y SUEÑO



Prólogo

Este libro de Pedro García Cueto sobre la figura de Federico García Lorca es una novela admirable escrita desde los adentros, donde la voz del narrador omnisciente Federico García Lorca se identifica con la del autor (*“tú eres eterno, Federico, lo eres como el árbol milenario”*).

El *leitmotiv* de toda la novela es la historia de Federico, que empieza a contar su vida a través de la técnica narrativa del *flashback* (a partir de sus últimos momentos en esta tierra), hablando de su gran pasión por la Vega de Granada (*“será como la cueva del Sacromonte, donde los gitanos alzan el cante para adornar el paisaje de luz”*), sus reflexiones interiores, su sentir y su inquietud por ser consciente de su diversidad sexual (*“me llamaban Federica, porque mis ademanes debían de ser algo afeminados”*) tienen como marco social una España retrógrada, (*“porque me daba miedo esa España autoritaria que se acercaba, en la que defendía la libertad por encima de todo”*).

Pedro García Cueto expresa con exactitud la concepción del amor y el sentir de Federico: amor puro, refinado e intelectual ideal que compartían los exponentes cultos de la Generación del 27, unidos en

su mayoría, por ideales republicanos (*“esa luz, ese espacio de belleza que tienen aquellos que aman lo que enseñan y lo transmiten con bondad”*).

Pedro García Cueto a través de su protagonista habla del amor como si fuera un ideal platónico de bondad y de belleza. Impecable el cuadro histórico y los detalles que resume con maestría, el marco de la novela tanto temporal como espacial es verosímil, refleja los hechos ocurridos. Federico habla de sí mismo, habla de sus miedos ante la muerte inminente, habla con pasión de su tierra, la misma pasión casi palpable de Pedro García Cueto, también enamorado de Andalucía (*“Yo era ya un enamorado de aquel Fuente Vaqueros donde nací”*).

Los personajes que aparecen en esta novela parecen personas reales, de carne y hueso, reclamando el canto del poeta-aedo y el sello de una inmortalidad enteramente humana; el protagonista Lorca de forma sintética les devuelve un rostro, una voz, un aliento, un grito, un paisaje, una estructura, una armonía plástica, una luz nueva que los ilumina, aunque su destino no sea la victoria, sino casi siempre la derrota, el polvo, la sangre, la muerte.

Esta novela es el flujo de conciencia del mismo Federico que habla mirando en su interior (*“porque yo solo concebía la vida como un acto de creación, escribir y, con ello, alumbrar personajes que eran tan reales como la vida misma”*).

Federico cuenta el breve lapso de su existencia, desde el 5 de junio de 1898, día en que nació en Fuente Vaqueros, hasta el 19 o 20 de agosto de 1936 en Viznar, donde fue bárbaramente asesinado por los falangistas (*“vendido y fusilado por esa España que solo entiende de prejuicios y de violencia”*); su breve existencia fue síntesis de dos siglos de historia y se vio obligado a enfrentarse con los problemas de estos siglos.

En efecto, durante su vida sucedieron infinitas cosas terribles y definitivas, desde la guerra con los Estados Unidos por la posesión de Cuba (1900) hasta las oleadas de huelgas económicas y políticas; desde la guerra expansionista en Marruecos hasta el golpe de Estado y la Dictadura de Primo de Rivera. Y después: crisis financiera y hambre en el campo, proclamación de la República, luchas por la reforma agraria, violentas batallas parlamentarias, victoria del Frente popular y estallido de la guerra civil. (*“Todo ello llevó a los sucesos del 11 de mayo cuando quemaron en Madrid seis conventos y un edificio de los jesuitas. Yo tuve miedo, porque pensé que las Españas, una conservadora y otra que apostaba por la República, se enfrentaban”*).

Fue una epopeya sublime de heroísmo individual y colectivo, pero al mismo tiempo un ciclón de violencia que sacudió casi todo el territorio de España, donde sólo la fantasía implacable de un Goya con *Los Desastres de la Guerra* y un Picasso con

el *Guernica*, que anticiparon los horrores de la guerra nazi y los campos de exterminio, nos da una vaga idea de la tétrica tragedia en la que se vio sumido el pueblo español.

El autor habla de Lorca, de su obra, esculpe su grandeza humana, recupera ese sentido de piedad y de humanidad que ya no existe en nuestros tiempos, describiendo minuciosamente en esta novela a las personas, amigos y parientes de Federico, hablando de ese soplo vital de poesía que los hace vivir para siempre en nuestros corazones, con emoción intacta y tierna pasión.

Pedro García Cueto con tacto y sensibilidad habla de la homosexualidad de Lorca de forma totalmente espontánea (*“amé a Emilio, a Rafaelito y a algunos otros, pero, por encima de todo, a mi España del alma que me mató un día de agosto del 36”*); por este motivo esta novela puede convertirse en un punto de reflexión sobre el siempre actual tema de la diversidad: hay que respetar la diversidad, cada orientación sexual a salvo de cualquier forma de discriminación o aberrante persecución, que desgraciadamente caracterizó la Europa de los años 36: (*“Lo sé, pero no nos aceptan, vivimos una España antigua y doliente, que nos maldice, querido Federico. Somos seres en sombra, vampiros de una noche de amor que ha de quedar en secreto”*).

El autor de esta novela nos describe a Lorca como un ser vivo en todos sus matices, de un hombre

que ama (*“Ay, Luisito, qué verdades hay en tu libro, cómo te sinceras, ya es hora de hablar del amor entre los hombres. ¿Por qué tanto miedo?”*) y cuyas pasiones le permiten estar vivo y, sobre todo, ser sinónimo de vida, música, teatro, poesía (*“porque mis grandes pasiones, aparte de la poesía, eran el mar y la música, no en vano escribí Bodas de sangre pensando en Bach, en su música honda”*). Según Federico, ser granadino le llevaba a la comprensión solidaria de los perseguidos. Del negro, del gitano, del judío, del moro que todos llevamos dentro.

Granada huele a misterio, a cosas que no pueden ser y sin embargo existen. No existen pero importan. O que cuentan precisamente porque no existen, que pierden su cuerpo y sin embargo aumentan la fuerza de su perfume. Cuando Federico en 1936 vuelve a Granada, a su Granada, estamos en el final, en el desenlace del drama de su vida que fue uno con el arte, las entrevistas, la incorporación al frente popular, los vientos de guerra civil que se avecinan, el plan de volver a América nuevamente, Nueva York, México, para asistir a sus representaciones teatrales y dar una conferencia sobre Quevedo (*“Para nosotros, la diversión era representar, no estudiar, para nosotros el goce estaba en una noche donde yo me hacía el muerto y venían a verme, para rendirme pleitesía y me decían palabras de admiración. ¿Acaso me perseguía ya la muerte? ¿Quién sabe?”*).

LA MUERTE EN GRANADA

Me llamo Federico García Lorca y estoy aquí, encerrado, envuelto en las sombras de la noche. Me tiembla el alma, porque dicen que están fusilando a todos, por rojos y yo estoy aquí, envuelto en la tristeza de la celda. Miró a lo lejos y veo a mi luna, envuelta en la blancura de mi niñez, convertida en un sueño infantil.

Me han detenido en casa de los Rosales, yo, que he escrito poesía para ahuyentar al miedo, que he escrito palabras para que fueran paisaje del alma en los labios de niño enternecidos. Cuando me hacía el muerto en la Residencia, los demás iban a verme y jugábamos a reírnos, porque la muerte era risa y no llanto. Pero hay algo aquí que asusta, son hombres toscos, que insultan y me llaman maricón.

Yo, que llevo la voz de la España entera, de los hombres sensibles que caminan buscando el abrazo y el beso, yo, que soy como el tejido de un árbol que tiene ya fisuras, líneas trazadas como pensamientos. No sé qué soy yo, pero tengo miedo a la noche, al calabozo, al ruido ese que me despierta en la madrugada.

Yo creo que fusilan a la gente, los matan por nada, yo creo que se los llevan de las casas para pasearlos hacia el vacío de la muerte. Viene Angelina,

con comida y café, nuestra niñera. La veo llegar con su mirada triste, enlutada, mientras la miran con desdén esta gente que profiere insultos como maldiciones.

¿Por qué has venido, Angelina?, le digo y ella dice que ha sido mi madre quien la ha pedido que venga a la cárcel. ¿Qué hago yo aquí entre estas sombras, envuelto en niebla? ¿Qué quieren de mí?

Me sacaron de la casa de los Rosales, solo con la mamá de Miguel, de Luis, de Antonio y de Gerardo. Estos últimos ya en el Frente, Miguel está en el cuartel de la Falange. Cuando vinieron esa gente, Esperancita escuchó lo que decían de mí, que yo era un “espía de los rusos”, yo, que había escrito versos contra España, cuando yo quiero a mi España como nada en el mundo.

Ay, qué vacío me entra al pensar en aquella tarde, el tal Ruiz Alonso, gañán, me mira y me odia con la mirada, los otros se ríen, oigo eso de “maricón” de nuevo, yo temblaba, pensaba en mis padres, en mi hermana, en mis amigos, Luis Cernuda, Vicente, Pedro, todos ellos.

Ay, Miguel, dónde estás, por qué no vienes y me sacas de aquí, que se hace noche en cada paso, hay un dolor profundo en la mirada, paseo mi vida entera en un instante. Apenas duermo, oigo perros que aúllan, detonaciones, la muerte que llega con su guadaña.

Escuchaba ruidos y mucha gente abajo, todos conspiraban, salí con el tal Ruiz Alonso y con Miguel, él me miraba asustado, un tipo conducía, le llamaban Juan Luis, era grosero, sin modales, todos ellos hablaban gritando, como si ordenasen lo que había que hacer. Me puse a llorar, Miguel intentaba consolarme y yo veía el dolor en la mirada de esa gente hostil que me amenazaba. Pensé en la Vega de Granada, cuando era niño; ahora pienso más cuando mis manos se deshacen de sudor y miedo. No sé, estas noches me asustan, son como la guadaña que se presenta en mi casa que es mi familia perdida por la Guerra.

Que se me llevan esposado, con un maestro, Dióscoro Galindo González, le han llamado, nos han metido en un coche a no sé dónde. Pone en un letrero que vamos a Víznar, donde no sé qué será de nosotros. Dióscoro tiene bondad en los ojos y aguanta las lágrimas que empiezan a derramarse por mi rostro. No hablamos, callados, porque los perros sarnosos que nos conducen nos ladran si hablamos. Solo hay miedo y silencio.

Estamos en una nueva celda, con dos conocidos banderilleros granadinos, yo que amo a los toros, a la fiesta, como pocas cosas en mi vida, ay, mi Ignacio, dónde estás, que nos llevan a la muerte. Nos han despertado aún de noche y nos conducen en un furgón a un barranco, donde ya lo preparan todo. Sueño con

mi infancia, como si fuera el niño que tocaba el piano, el que escribía versos, el que besaba a su madre.

No tengo nada más que decir, he cerrado los ojos y nos apuntan fusiles, en esta noche más larga, llena de buitres que esperan saciar su hambre con nuestros cuerpos yertos. No puedo más y sueño. Hay una detonación y todo es silencio, silencio, la nada.

ÍNDICE

Prólogo de Stefania di Leo	7
La muerte en Granada	19
Recuerdos de mi infancia en Fuente Vaqueros	23
Mi Madrid soñado en la Residencia de Estudiantes	29
Y Góngora en Sevilla	35
Aquella España soñada	37
La Barraca. Unteatro para el pueblo	41
<i>Bodas de sangre</i> , mi triungo en el teatro	51
<i>Yerma</i> , y la tierra se seca	61
La muerte de un torero grande	71
Y llegó la intolerancia	77
<i>Doña Rosita la soltera</i> en el arte lorquiano	85
El reencuentro con Dalí	89
El teatro y la vida	93
Madrid, 1936	97